

IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2011.

Martínez Estrada: una rebelión.

Juan Laxagueborde.

Cita:

Juan Laxagueborde (2011). *Martínez Estrada: una rebelión. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/760>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

MARTINEZ ESTRADA: UNA REBELION Ensayo sobre la persistencia de lo *facúndico*

Juan Laxagueborde

Lo *facúndico*, lengua estradiana

Yo no conozco dentro de la cultura americana, y no de la argentina solamente, o de la sudamericana solamente, sino dentro de la cultura de América toda, un hecho más fundamental que la obra de Martínez Estrada, pues esa conciencia de la verdad, ese lanzamiento de la conciencia contra la enfermedad, onstituye la apertura de la posibilidad de toda cultura, del conocimiento vitalmente válido que el hombre tiene de lo que es. H. Murena El pecado original de América

¿Qué es eso que tiene el hombre? ¿Qué es lo que *debe* conocer? Martínez Estrada ha conmovido renovadamente el pensamiento y la reflexividad latinoamericana acechando en búsqueda de las peculiaridades vitales de nuestra tierra.

Estas páginas pretenden pensar cómo nos enfrentamos al problema de reflexionar una nación emancipada –o la posibilidad de su constitución- en términos dualistas y antagónicos. El hecho de desgajar de toda su tradición, de la totalidad de los restos de su historia, dos enigmas que puestos en discusión descifrarían las causas de la imposibilidad del desarrollo republicano, nos permitiría asistir a un desciframiento último e inaugural. Antes que esta revelación, lo indispensable: que toda la vida política repose sobre el dilema *Civilización o barbarie*. Sarmiento dicta dos palabras y todo lo que se conformaba de un modo se ve conmovido por el hiato que muy pocas veces produce la palabra en la historia. Conforman un tiempo distinto a la realidad política y social de un país en el devenir de su historia. Ese tiempo es el tiempo *facúndico*. El nudo escindido de todos los nudos. Lo que permanece como tesoro a profanar por todos los tiempos todo el tiempo. La política argentina tendrá, desde aquí, un lugar donde encontrar un escenario desprejuiciado de la mala prensa de las alegorías, la reflexividad inasible, la irracionalidad, la desmesura. Ese lugar es donde yace el mito. Que yace hasta que no. Quien no pueda encontrarse en la cronología, acude al mito, profana por vez enésima el dilema argentino y deja su rastro. Quien se sabe convocado por esta titánica empresa no deja de sangrar por la herida de su cuerpo en semejante aventura, pero también por las infinitas capas de restos que cubren el tesoro. *Decir* es agregar un resto.

Variaciones y desvariaciones sobre la dicotomía

La historia de la civilización era, con otra nomenclatura, la misma vieja historia de la barbarie
Martínez Estrada *Invariantes históricas del Facundo*.

Martínez Estrada trabaja, en las conferencias que después se denominarían *Invariantes históricas del Facundo* y que operan como inicio del parágrafo, en la idea de rastrear los pormenores tonales de la gran disyuntiva sarmientina. Esto es: ¿puede hablarse de un *ethos* civilizatorio y una amorfa e irracional fuerza bárbara? La pregunta no deja de tener el carácter desafiante del discípulo en aras de la bifurcación. Pero también nos introduce en la gestación, por parte del autor de *Radiografía de la pampa* (tratado evidentemente inspirado en la angustia sarmientina, profunda diatriba sobre el peso del desierto) de una nueva relación entre las variantes que propone Sarmiento.

Las variantes son los senderos por los que puede caminar un pueblo, una comunidad, a la par del sendero mayor que en Sarmiento es pensado como *Razón*. Se puede llegar o no a la existencia racional de un pueblo. O por lo menos a su vida armónica. Ninguno de los dos caminos se desanda con soltura.

Entonces si nos plantea senderos, nos propone también horizontes. El dilema argentino será pues afrontar la historia desde la disolución irracional que produce el desierto o desde el progreso orgánico que la ciudad funda. Vislumbrando de qué modo, nuestro país, se ha desarrollado bajo ínfulas bárbaras, podremos definir la esperanza civilizatoria del porvenir.

Pero Martínez Estrada no cree que la civilidad haya triunfado. La idea de *invariante* acota la dicotomía sarmientina suponiendo un subsuelo homogéneo de barbaridades nacionales, por lo menos, una vez caído Rivadavia.

“La institución se ha acaudillado”, dice el ensayista santafesino. Rasgos morales, que parecen de cáliz subjetivo, pueden encarnarse en el cuerpo del Estado, como un calvario nacional. El cambio ornamental no será cambio. Más bien disfraz. Entonces: hay un espíritu inefablemente bárbaro, abyecto, sangriento, monstruoso, que aún irradia en la vida argentina.

Martínez Estrada nunca ha sido un espíritu invariante. En estas páginas tenemos esa idea como huella. El invariante argentino no frena la dinámica estradiana profunda, total.

Al caso viene la idea de *Americano*. Nuestro autor la toma del *Facundo* cuando se narra la utilización del cuchillo y que parece aprobar con su tono desdeñoso con el país que habita. Habría, entonces, para Sarmiento y para Martínez Estrada, una continuidad original entre la violencia montonera de las guerras civiles y la mazorca rosista –algo a esta altura hartamente repetido-. Esa violencia sería el *ethos* bárbaro americano que también, ahí la clave del quiebre estradiano, prevalece como continuidad en los años cuarenta. El mito de la carnadura sanguinaria del siglo XIX, aflora en nuestras pampas como hecho

institucional de rasgo netamente irracional, arcaico. Para M.E. ese es el gran peligro de la mitología. Es el problema, en este caso, de la historia político militar argentina. El peronismo como ética coactiva¹. El militarismo como barbaridad.

Lo que se está suponiendo, como trascendencia al binarismo sarmientino, es que lo arcaico-mítico late como caladura profunda en desmedro de un oropel civilizatorio que no sería otra que suponer que la República y sus instituciones urbanas, ciudadanas, descifran y regulan todos los enigmas constitutivos de problemas argentino. Esa sería la imagen de un pensamiento sarmientino. Esa apariencia de quiebre de la invariante, condiciona y esconde los núcleos injustos de la nación.

La dicotomía no es entre campo y ciudad, para Martínez Estrada. El problema está entre la violencia subterránea, la conformación violenta de la Argentina y su aparente resolución constituyente. No ha sido así.

El mestizaje, otra invariante, es la presencia ya no de la sangre que mancha la posibilidad de una nación justa, armónica, sino que se ve integrado por el linaje desértico y el espíritu pagano. Dirá Martínez Estrada:

Ese mestizaje es la población intermedia entre el blanco y el indio; fomenta las guerras civiles; da lugar a la grandeza y el poderío moral y político de Rosas; crea una economía de tipo arcaico; resiste toda innovación y mejora más allá de ciertos límites, y configura lo que Sarmiento llamó la Era del Cuero: una cultura. La vaca, el caballo, son fijadores de un invariante histórico y social de principal categoría, que le ha fijado al país una de las fronteras de su 'ámbito de destino'. Equivale a este respecto al carbón y al hierro. Es un generador de forma de estilo y de civilización.

Sin duda ese paganismo enquistado, opera como clave bárbara. Desertifica, opaca la nacionalidad, sus funciones, sus ritmos. Sus posibilidades.

Existe también lo que podríamos llamar la invariante de la *política*. Martínez Estrada piensa al rosismo, pues, como el triunfo de lo político por sobre lo social. Esto es: las prácticas de un estado de situación colonial, traducidas en términos institucionales al Estado argentino. La tecnificación política –la burocracia, se nos ocurre pensar, el “aparato”, término anacrónico- se impone por sobre el pensamiento del Estado como hacedor de lo justo, como matriz central para la paridad económica.

La vida total argentina en función de la política, el hombre libre en función del Estado, y el Estado, a su vez, cerrando el círculo, en función de la política.

¹ León Rozitchner ha dicho que, en algún momento, cuando Kirchner bajó el cuadro de Videla, pensó: “En ese gesto, ¿no era Perón el que descendía?”. Esa frase puede pensarse como coto a la invariante. O por lo menos como estado de suspenso, frontera.

Salvará a Alberdi². Pensará a la generación del 37 como trastorno de los valores culturales de la humanidad. Esa generación ansiaba estado armónico y social donde aseguraban tiranía y barbarie. Hasta podrá afirmar que la muerte de Moreno es producto trágica de la lógica política acechando el pensamiento social.

La barbarie, pues, tiene su matriz profunda en oponerse a políticas totalitarias, paralelas y a la vez oblicuas a ella. El orden como principal característica jerárquica de una nación. Las leyes profundas de organización del Estado son tiránicas, aunque por momentos las nevaduras institucionales parezcan desmentir ese tono.

Martínez Estrada cierra la segunda y última de las conferencias con el tono escéptico que sólo tendrá redención hacia el fin de sus años, como veremos después. Pero ahora, atravesado por la experiencia peronista, que luego lo verá yacer por un lustro en una cama bahiense, nota que la violencia desapasionada de una contienda mal establecida entre términos no dicotómicos, ha sumido al país en una institucionalidad de cuarteles, fervoroso estado de beligerancia inconducente. Qué será entonces la civilización que una forma desvariada de barbarie. Concluye:

La historia de la civilización era, con otra nomenclatura, la misma vieja historia de la barbarie. No son dos fuerzas sino una sola. El estado de tensión, que es tan claro entre nosotros porque aflora sobre la película de los acontecimientos, es lo que Mannheim llama el de "la desproporción general de las capacidades humanas", en cuanto "en una sociedad dada, el conocimiento científico y técnico de la naturaleza ha avanzado más que el poder moral y que el conocimiento de la acción de las ciencias sociales"

No es un libro sarmientino, es más la posibilidad moderna de refutarlo con las armas por él creadas. No dudando de su fineza y complejidad central, pero sí marcando que el país indefectiblemente era otro.

Las invariantes esbozadas apenas pueden ser hilo de voz en medio de la vorágine mítica del peronismo. En una mezcla de escolástica historiográfica argentina y evangelización pacifista de la armonía, Martínez Estrada desoye a su maestro para fundar un hilo común. Una materia tensa que reescriba los desafortunados lenguajes que problematizaban la Argentina. El *¿Qué es esto?* hacia 1955, pondrá fin a una época, mientras que empezará a centrar al gran ensayista en el poderoso terreno de los lenguajes emancipatorios y vitales de los años 60.

² Es pertinente pensar que en la epistolaria Sarmiento-Alberdi. Allí el tucumano plantea una solución productivista al karma sarmientino de la línea certera que uniría a Rosas y Urquiza. Alberdi se ampara en que la crítica es vacua. Que la cuestión central está en poder programar geoeconomicamente a la nación.

Gigantomaquia

Las fuerzas modeladoras de la naturaleza predominan sobre las fuerzas modeladoras del espíritu en la lucha constante por reducir las a su dominio Martínez Estrada *Diferencias y semejanzas entre los países de América Latina.*

Debemos liquidar el prejuicio de que sólo existe un tipo de civilización y de cultura Martínez Estrada *Diferencias y semejanzas entre los países de América Latina.*

Quince años después, un Martínez Estrada antropogeógrafo y ecologista, compone un tratado inclasificable sobre Latinoamérica. Lo llama *Diferencias y semejanzas entre los países de América Latina*. En él aparecen destelladas las composiciones esenciales del terreno sudamericano, sus características geopolíticas, sus pasados tectónicos, su historia social, las formas productivas típicas, etc. No parece casualidad: el despertar de la década había encontrado a Martínez Estrada imaginando un futuro que se componga de las experiencias revolucionarias en Cuba y del desarrollo popular del gobierno de Cárdenas en México. La tarea del sabio es desplegar los rincones ocultos de la historia, del mapa emancipatorio.

La naturaleza nos deja atónitos por sus rasgos intempestivos, por sus fuerzas potenciales. Como bien muestra, por caso, un Herzog en sus películas, el hombre no hace más que batirse a duelo heroicamente contra el Dios Gea siempre que pretenda incorporar un nuevo hito en el devenir cultural. *Fitzcarraldo* o *Aguirre, la ira de Dios* no serían más que –en este caso, en terrenos peruanos, incaicos, andinos- montajes estéticos que pretenden pensar cuáles son las subestimaciones humanas y cómo la naturaleza cobra con sangre esa *hybris* social.

Pero volvamos al componente ambicioso del ensayista argentino. El registro del terreno es la forma antitética de la capacidad de un pensamiento irracional por notar lo inasible. Bajo ese arco se mueve, como un todo polar y tenso, el pensamiento, el lenguaje estradiano. Dirá en el libro antes citado:

La comprensión antropogeográfica de nuestra América, provee de un instrumento auxiliar para interpretar correctamente los hechos sociopolíticos, económicos y culturales (...) Quizá sea todavía hoy uno de los deberes más inmediatos y urgentes conocer verazmente aquellos datos elementales para adquirir conciencia de qué somos, de dónde estamos, de qué hacemos y de para quién.

”Forma de colonialismo psíquico”, entonces. Un término que ya respira en sus *Invariantes*, de donde también podemos proveernos para pensar lo irreductible. Entonces, determina, “las naciones opresoras han indicado el camino de la liberación”. Los caminos de la liberación, en términos plurales, en medio de la radicalización política que culminara en el Plan Cóndor, la Escuela de las

Américas y efectivas tragedias ya conocidas. Martínez Estrada, en el fin de sus días, avejentado, marcando y disparando señales flamantes, sutiles y desacomodadoras.

La especificidad está aquí. *Purismo*. En el suelo americano se debe rastrear el deber ser liberador. No en las excéntricas teorías europeas.

Aquello que nos hacía creer que pertenecíamos a una variedad social, política y económica que alcanza su más excelente expresión en Alemania, Francia e Inglaterra, resulta una de las superestructuras mentales cuyo origen fue y es nuestro complejo de inferioridad.

En Martínez Estrada cobra vida la posibilidad de pensar una tarea intelectual que pueda encontrar la especificidad de la tierra de uno, conformando palabras que se nutren del mito, tanto como de la biología. El emblema, el profundo sesgo americano, colonial, la invariante extrema termina por ser nombrada con el lenguaje clásico de la política de liberación del hombre sumido en su autoalienación. A saber: Martínez Estrada nos dice que la división del trabajo ha podido con esta tierra, con sus ancestrales fuerzas subterráneas. Que lo que ella une –o divide, depende del lugar del crítico- tiene que encontrar función emancipadora en las especificidades fundantes de cada lugar. No síntesis arbitrarias. El crisol sarmientino será justamente la clave. No hay un tipo americano. Como drama, esa es la forma desafiante que adquirirá la época. No esquemas fijos. Especificidad y rencilla. Fenómenos diversos. Luchas diversas. Foquismo telúrico.

Entonces, de nuevo, la barbarie. La mecanización industrial como exterioridad impuesta. Los valores que gradúan estadios culturales como extranjera heráldica bárbara. Si no hay un esquema único de civilización y de cultura, tampoco habrá un vademecum total para cada situación de injusticia. En el revés de trama de la mirada finalista e importada, la propuesta de una emancipación, un lenguaje y una voluntad, integradas en el amparo histórico de lo aún velado. Desde América.

Experiencia y aventura

*América fue arrancada de su conexión artificial con Europa y entroncada con su cepa de la que fuera desgajada. América era un continente de razas proletarias pintarrajeadas con los residuos de la cultura europea. Martínez Estrada, *Mi experiencia cubana**

Contemporáneos a la escritura de su libro total sobre América Latina es su estadía en tierras cubanas que se cristalizan en dos libros. Una genial biografía sobre Martí y más de 20 textos compilados en *Mi experiencia cubana*, que utilizaremos acá como cierre del ideario de tensiones sociales que pretendemos rastrear en la obra de Martínez Estrada.

En la tapa de la única edición una plaza desbordada parece esperar un discurso de Fidel Castro. Figura martiana que aparece como transfiguración del autor de *Nuestra América*, y como voz popular que emerge desde la sensibilidad justa para escuchar a ese pueblo. Ya no líderes totalitarios de componente fascista, sino Fidel como cuerpo donde se proyecta la oración emancipatoria del pueblo cubano.

Es clara la sensación de sorpresa en el lenguaje de Martínez Estrada. Es un lenguaje revolucionario, orgánico, distinto. Es la fe de un converso, la desmesura del que nota un programa siempre atisbado, pero ahora hecho carnadura. Martínez Estrada nota siempre la diferencia entre lo irracional como signo opaco y los grises que esconden su resolución. No puede encontrarlos, los boceta. En Cuba los encuentra. Nota vida en común. Nota un movimiento trascendente, nota tonos específicos y originales. Encuentra el por qué de semejante proeza. "El pueblo supo, al fin, del embuste".

Escribe cartas a los estudiantes argentinos, preconiza la comunicación de los beneplácitos de la emancipación por sobre los márgenes desde los que siempre pensó a la inasible justicia, es un hombre que en el epílogo de su vida ve el motor de la emancipación tantas veces laberíntica. Un entusiasta maduro.

Decíamos entusiasta:

Las armas ya las tendremos y la doctrina está en Bolívar, Juárez y Martí. No necesitamos más. Tenemos amigos, tenemos aliados que no dejarán que nos maten en masa, ni nos acorralen en campos de concentración.

Una vitalidad que anticipa la tragedia. Una luminosidad que se envalentona con la unión, pero que parece prever una derrota postrera. Ahí la clave. ¿Qué vería Martínez Estrada, aún cuando niega la posibilidad de los campos de concentración en la Argentina?

Cabe decir que Martínez Estrada seguía pensando en grande. Dicta que los derechos de este libro se donen a la Fundación José G. Artigas. Justamente de ese personaje, al momento de morir, en 1964, el gran autor argentino, pensaba montar una biografía crítica, canónica, total. Formas, intervenciones y lenguajes que seguían pensando la integración, el movimiento conjunto, la fuerza como acople americano.

Alegría cíclica

El mito puede ser raíz, pero no programa. José Carlos Mariátegui Siete ensayos sobre la realidad peruana

Los dilemas sarmientinos recorren de modos diversos la obra de Martínez Estrada pero son trascendidos. Se deja en estado de bemol la situación de lo dicotómico para pensar el *mundo social*, como diría nuestro autor. El mundo de la política parecería ser el plano de la chanza del poder. Del sinrazón

burocrático del privilegio. Lo social se coliga a una política que movilice, que sea movilizada por la época. Cuba aparece como aquella. *Civilización y Barbarie* no son más que términos extranjeros. *Calco y copia*. Nuestro autor lo terminará de saber en esa década anómala, total, desafortada, como son los 60. La alegría de creer haber encontrado el *sino* americano se ahogará en sangre no sin dejar nuevas aperturas intelectuales. Deja imágenes, rastros, pulsiones que permanecen vivas. Que vuelven a aparecer binarias, eso parece. La cuestión es descifrar que en lo binario hay más tensión que posible síntesis. Dejar en estado inadjetivado el término *rebelión* es adjudicarle a éste un papel interesante que se ampara en sí mismo. Sebrelí no creía, suponía que las razones primeras de una escritura irracionalista alcanzan para matizar todo lo que viene después. Sí reconocía la posibilidad de la irresolución Mariátegui, al que nombramos para que arar en este texto una línea de puntos, una respiración futura para saber, para seguir queriendo sabernos. Como rueda, como tiempo eterno. Como Latinoamérica siempre emergiendo, siempre abigarrada al hondo gesto de salirse de sí, para renacer.